

frutar todas las riquezas del mundo.... porque todas las riquezas del mundo las habría dado por una sola mirada. Pues bien; este hombre recibió de su adorada muchos juramentos de constancia.... y él, débil é insensato, los creyó... y la mujer.... la harpía detestable.... lo engañó horriblemente, y anoche.... se unió con otro hombre.... esto es.... cometió un sacrilegio.... porque profanó el sacramento. Y ahora, ¿sabes quién era ese hombre y esa mujer? Responde, "amiga mía."

Isabel sólo lloraba.

—Pues el hombre soy yo, y la mujer tú infame Isabel. Pues bien; oye el objeto de mi venida. Escucha primero el lenguaje del hombre apasionado que te amó hasta ayer. Mira este anillo, mira este rizo de tu pelo. ¡Oh! ¡Con cuánta ternura lo besaba todos los días! ¡Cuántas lágrimas de amor lo regaban! Porque te adoraba, Isabel, con todo mi corazón..... con toda mi alma..... porque eras mi primer amor.... porque eras el único objeto de mis ansias.... mi dicha.... mi consuelo.... mi porvenir. Estaba yo pendiente de tus labios, para servirte en lo que me pidieras, porque era yo tu esclavo.... tu....

—Por el amor que me tuviste.... Enrique, dijo Isabel, te suplico.... te retires.

—¡Por el amor que te tuve! ¿Y te atreves á invocarlo, vil perjura, cuando ese

amor volcánico, poderoso, se ha convertido en un odio atroz, implacable, en un deseo ardiente de sangre y de venganza?

—¡Enrique! por piedad.

—Y tú ¿tuviste piedad de mí, cuando sólo te pedía por única recompensa de mi adoración, una mirada?

—No me castigues, Enrique.

—Hasta aquí no sabes nada; escucha: este rizo de tu pelo y este anillo, los tenía como prendas de tu fe; ésta ha faltado.... y así, os las devuelvo; pero de este modo, mirad, hollándolas con mi pie; caigan, aniquídense... y no me quede más memoria.... de esta infame mujer.... que el recuerdo de mi venganza, sí, mi venganza. ¿Oísteis anoche mi voz? ¡Oh dulce, divina venganza! Tú me harás de infeliz el más dichoso de los hombres. Isabel: os dije anoche.... que la esposa perjura no llegaría al tálamo, y vos no llegareis.

—¡Oh! Enrique, no me mateis.

—Serenaos, no os mataré, señora, porque no soy asesino; pero no volvereis á ver á vuestro esposo.

—¿Qué decís?

—Lo que oís, señora. No existe ya para vos vuestro marido.

—¡Cómo! ¡Oh! ¿Sereis tan vil? Pero no, nada podeis hacer, porque á las seis viene mi esposo para la velación.

—Esperadlo en buena hora; pero temo

mucho que sólo lo veais. . . . en. . . . la eternidad.

—Enrique. . . sois un infame.

—Y vos una santa.

—Yo no tenía obligación de quererlos.

—¡Ola! ¿Y teníais obligación de ser virtuosa, de cumplir un juramento, ó al menos de no cubrir con un velo de hipocresía una alma perversa? Por Dios, señora, que no esperaba hallar una alma tan corrompida.

—Devolvedme mi marido, gritó Isabel.

—Devolvedme la vida, devolvedme la virtud, que me habeis robado.

Isabel no oyó más, comenzó á gritar, corriendo por todas las piezas de la casa.

Su amiga desde el principio había desaparecido, y Enrique también se salió.

No sólo dieron las seis de la mañana, sino las ocho, y D. Juan no había llegado, por lo que no hubo velación.

VI

LA VENGANZA

Enrique, dejando á Isabel, se dirigió á la casa lejana donde estaba encerrado D. Juan. La expresión feroz de su semblante daba á conocer la ardiente sed de venganza, que le consumía el alma: llega al lugar de su víctima, abre la puerta y la cierra luego por

dentro con precaución. Don Juan se puso en pie; su rostro estaba cubierto de una palidez mortal; sus mejillas lívidas se inundaron en un sudor frío. Tenía los ojos encendidos, la nariz entreabierta y los cabellos erizados. Al ver á Enrique, se demudó totalmente; su fisonomía tomó un aspecto más horrible aún; sus ojos brotaron fuera, sus labios se contrajeron con un movimiento de furor mal reprimido, y un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo. Enrique se para frente á su rival; una sonrisa amarga asoma en sus labios, y con aire burlón y diabólico, dice á Don Juan marcando las palabras:

—Tierno amigo, vuestra novia os aguarda; estais muy despacio.

Don Juan, con los ojos fijos en Enrique, permanecía inmóvil; la cólera lo ahogaba. Al fin, con un acento de desesperación contestó temblando:

—Sois un infame, un pérfido.

—Y vos. . . ¿qué sois, "querido amigo mío?" dijo Enrique; pero acompañó estas expresiones con una mirada tan fría y espantosa, que Don Juan se quedó extático, como si hubiera sido fascinado por aquella mirada glacial.

Después de un segundo de silencio, dijo:

—En nombre del cielo, volvedme mi esposa.

—¿Vuestra esposa? ¿Acaso yo la tengo?

¿No os he dicho que os aguarda en la Iglesia?

—¡Oh! sois peor que un tigre.

—¿Por qué, amigo mío?

—Porque traidora y vilmente me habeis quitado mi libertad, me habeis separado de mi esposa, y os gozais en mi dolor.

—¿Nada más por eso? contestó Enrique; pues entonces, Sr. Don Juan, sois peor que dos tigres. ¿Lo entendéis?

—Esto es horrible. . . . Dadme mi libertad por dos horas. . . . por una no más. . . . y luego sois libre para matarme. . . . si podeis.

—¡Si puedo! ¿Pues no estais en mi poder? Luego soy libre desde ahora para hacer cuanto guste.

—Pero eso será una infamia. . . .

—¡Infamia! ¿Sabeis qué es infamia? Si no supiera, "buen hombre" que os chancéis, me enfadaría con vos.

—¡Oh! por el cielo. Abandonad el sarcasmo. . . y dadme la libertad. . . por dos horas; después. . . os mataré ó me matareis.

—¡Que abandone el sarcasmo! Por Dios, Don Juan, que no sé qué me sucede con vos. ¡Oh! Yo os aborrezco. . . con todo mi corazón. ¿Lo oís?

—Y yo os pago en la misma moneda. . . con toda mi alma.

Al oír estas palabras se conmovió Enrique; se encendió su pálido y extenuado

semblante, y sacando un puñal, dijo con una voz sonora:

—Preparaos, Don Juan, á morir.

Don Juan retrocedió dos pasos, las pupilas de sus ojos se dilataron; un vértigo se apoderó de su cabeza; nada veía, y los objetos giraban á su alrededor. Pasada esta primera emoción, recobra su serenidad; se retira más atrás; mide bien la distancia, y hace ademán de arrojarse sobre su enemigo; mas éste se pone en defensa, y le dice con frialdad:

—Son inútiles todo vuestros esfuerzos; tengo mis medidas bien tomadas; mis criados aguardan mis órdenes, y por nada evitais mi venganza.

—Pero esto es horrible, dijo el infeliz D. Juan con el acento de la desesperación, y casi sin poder sostenerse; es horrible matar á un hombre. . . indefenso. . . que no tiene armas. . . que. . .

—Oíd, D. Juan; es más horrible arrojar-se uno en los brazos de un "amigo," para que éste lo ahogue entre ellos.

—Enrique. . . ¡por Dios! . . . no. . . .

—Es preciso, morireis. . . Escuchadme: ¿Recordais, D. Juan, aquella noche en que viéndome vos triste y abatido, me preguntásteis la causa de mi duelo? Pues bien; yo os respondí con las lágrimas en los ojos: "Amigo, padezco por un amor cruel que me atormenta. Yo amo á Isabel con todo

mi corazón; mas no estoy correspondido. La amo con ansiedad, como ama el ciego la luz del día." Entonces vos me consolásteis, diciéndome que Isabel sería mía con vuestra mediación. Confiésoos, D. Juan, que en aquel momento os estaba más agradecido que si me hubiéseis dado la vida, porque me dábais una esperanza... más grata que la misma existencia. Después... había pasado un año... me preguntásteis si todavía amaba á Isabel, y os respondí: "Logra su mano, llamarla mi esposa... mi compañera... y morir... será la felicidad suprema de mi corazón." Vos me dijisteis: "Temed, Enrique, no sea ese amor correspondido... con una deslealtad." Ah, infame, aún no comprendía tus palabras! Entonces, y después de saber que yo... amaba... idolatraba con frenesí á Isabel... vos, mi sincero y "servicial" amigo... me robásteis la mujer única que formaba mi encanto... mi gloria... mi porvenir....

Derramásteis gota á gota en mi corazón la copa de amargura... lo desgarrásteis... deshicisteis mis ilusiones... hundisteis en mi pecho un puñal... me hicisteis sentir las penas del infierno... en fin, ¿quereis saberlo de una vez?... me habeis quitado tal vez la salvación eterna... porque sólo quiero sangre... venganza... sí... sangre quiero... aunque después expire.....

Y Enrique giraba por la estancia, como el lobo que ha olfateado su presa.

Renunciamos el pintar la fisonomía cada-
vérica y espantosa de aquellos hombres,
ambos ardiendo en cólera.

Hubo un momento de silencio.

Al fin lo interrumpió D. Juan.—Oídme, Enrique, dijo juntando sus manos; dadme un poco de tiempo para arreglar mis intereses... renunció á... mi... Isabel... y después nos... batiremos....

—¿Y quereis que yo me bata con vos?...

No, D. Juan; habeis de morir á mi puñal; pero habeis de morir lentamente, ¿lo enteneis? Sí, lentamente, porque lentamente me habeis asesinado. No acabásteis de un solo golpe con mi felicidad, sino poco á poco; no afligisteis de una sola vez mi corazón, sino gota á gota fuisteis derramando en él la amargura. Oh! D. Juan... oíd... No tenía en el mundo más que dos objetos que me hacían soportar la vida... mi madre... mi virtuosa madre... y esa mujer... Isabel... Me la habeis arrebatado... ¿qué me resta? ¡Ah! mi misma madre me echará en cara mi debilidad... Ella que... amaba tanto á Isabel... que me la deseaba por esposa... ¿qué diría ahora?... y mis amigos... No, no, esto es horrible; morireis; pero, lo repito, lentamente... Me gozaré en vuestros tormentos... veré complacido vuestra pausada agonía... y vuestros ayes me causarán las mismas sensaciones que una melodiosa orquesta. Preparaos... quiero

vuestra sangre. Y al decir esto, los ojos de Enrique se nublaron; se contrajeron sus facciones, y se precipitó sobre su rival. Este paró el golpe como pudo; después, con la velocidad del tigre que se avalanza sobre su víctima, se arrojó sobre Enrique, y comenzó una lucha fuerte y horrible. Ninguno hablaba; sólo se oía la respiración de ambos y así luchando, duraron algún tiempo. Sin embargo, Enrique hizo un movimiento violento, safó el brazo armado, vibró el puñal en lo alto, y lo clavó en el pecho de su víctima. D. Juan dió dos pasos atrás, y cayó en un lago de sangre.

VII

EL ENCUENTRO

Era la hora del crepúsculo. Los últimos rayos del sol, reflejándose sobre el extenso cementerio de Santa Paula, despedían esa luz melancólica y apacible, que llena de un encanto misterioso, se hace amar del corazón del triste. Diferentes eran los objetos que en aquel lugar recordaban el pensamiento de la muerte; diversos órdenes de sepulcros con variedad de lápidas é inscripciones, último testimonio del amor, de la amistad, y aun á veces también de la vanidad, se extendían en los prolongados corredores de aquel sitio. En una de las puertas

estaba escrito este verso de Job: "Llama, si hay quien te responda." Seguían después más sepulcros, y en uno se leía:

AQUI YACE

EL CUERPO DE DON JUAN***

MURIÓ Á LOS 38 AÑOS DE EDAD.

R. I. P.

Reinaba un profundo silencio: todo estaba solitario, y sólo se veía en una de las estancias un bulto negro.... era Isabel arrojada ante un sepulcro.... Suena el toque de las oraciones, é Isabel se levanta para retirarse. Caminaba melancólica y abatida, cuando de repente mira delante de sí un hombre que la detiene. Al verlo, lanza un grito de espanto, y dice:

—Retiraos, Enrique.... me horrorizáis.

—¿Os horrorizo? preguntó Enrique.

—¿Y osais preguntármelo, después de haber derramado la sangre inocente de mi esposo?

—¡Oh! Isabel, no aviveis en mi corazón una herida que jamás se cicatrizará....

—También.... yo padezco por vuestra causa....

—Mirad en ello, señora, el castigo de un delito.... la mano del cielo.

—Y vos al hallaros manchado de sangre, ¿no veis esa mano del cielo amenazando vuestra cabeza?

—¿Y quién si no vos ha sido la causa de esa sangre derramada? ¡Oh! no lo dudeis, Isabel; estos remordimientos os seguirán todo el día, y en la noche se sentarán á vuestra cabecera como negros fantasmas... Continuamente oireis una voz, que os dirá: "Mujer sin fe, tú pudiste hacer la felicidad de un corazón recto y puro, inclinado á la virtud, y has sido la causa de que se abandone al crimen; tú despedazaste ese corazón, y tal vez por tí va á arder para siempre... en el infierno."

Mientras Enrique hablaba, se iba demudando completamente el semblante de Isabel, que abatida, y no pudiendo sufrir ya tantas emociones, apenas podía sostenerse: su angustioso llanto no la dejaba articular una sola palabra, hasta que al fin con voz trémula exclamó:

—¡Oh! Enrique; por piedad, no me recordeis mi falta... no me habéis más de esa sangre... de esa muerte... de esos remordimientos, que me seguirán cual fantasmas invisibles... Oíd: Dios me ha oído... le pedí ser su esposa... y mañana... sí, mañana mismo diré un eterno adiós al mundo... Pero escuchad, Enrique; os he hecho infeliz; mas os pido perdón; miradme.

Isabel había caído de rodillas.

—Levantaos, exclamó Enrique llorando y sin saber lo que hacía; levantaos, Isabel... ¡Oh! ¡Dios mío!

—No me levantaré hasta que oigáis dos cosas.

—Decidlas, Isabel, decidlas; pero levantaos.

—La primera... que me perdoneis.

—¡Isabel! Isabel! ¡Por Dios!

—Sí, sí, me perdonareis, Enrique... Y la desgraciada joven derramaba un torrente de lágrimas.

—Levantaos, levantaos, Isabel... yo os... perdono; está bien...

—Pues hay más, exclamó ella; prometedme que no desesperareis de vuestra salvación... que lavareis vuestro crimen.

En este momento las campanas de la capilla doblaban por un muerto, y el eco fúnebre se extendía por aquel vasto y silencioso lugar.

La luz del crepúsculo ya había casi desaparecido; el viento agitaba las copas de los árboles, y de cuando en cuando la rápida luz de un relámpago, iluminando el pavoroso campo-santo, dejaba ver las doradas inscripciones de los sepulcros.

—¡Oh! Isabel! exclamó Enrique. ¡Oh Isabel! Me aconsejais que lave mi crimen... que procure mi salvación... ¡Qué delirio!... ¡Cuán desgraciado soy!

El joven oculta su rostro entre las manos y queda confuso. Una ráfaga de viento azotó entonces con más fuerza las copas de los árboles, y extendió más el sonido fúnebre de las campanas.

A la luz de un relámpago ve Enrique salir de entre las sepulturas un bulto extraño. Se le erizan los cabellos; gruesas gotas de sudor inundan su rostro pálido y desfigurado, y exclama:

—¡Oh! piedad! piedad! . . . Se levanta... para castigarme... mi víctima... mirad... ¡Oh Dios mío! . . . Isabel... ¡cuán desgraciado soy! . . . huye . . . ya se acerca... mira su sombra . . . ¡Dios, defiéndeme! . . . huye, Isabel . . . soy criminal . . .

Isabel, fuera de sí, estaba como petrificada.

El bulto que Enrique vió salir de entre los sepulcros, era uno de los enterradores, que acercándose á los infelices jóvenes, les avisó que siendo muy tarde, debían retirarse.

Algunos momentos después ambos habían salido.

VIII

EXPIACIÓN

Pasado algún tiempo después de la escena del cementerio; en una de esas noches oscuras y silenciosas, en que sólo se distingue la débil luz de las estrellas, se oía á lo lejos el pausado sonido de una campana: era el toque de maitines que en un retirado convento llamaba á los siervos de Dios á la oración.

Por un angosto y dilatado tránsito, casi enteramente oscuro, pues sólo recibía la luz de una lámpara moribunda, se dirigía con paso grave al coro un religioso; llevaba la vista baja, calada la capucha y los brazos cruzados sobre el pecho: en todo su aspecto se echaba de ver al austero penitente del claustro.

Al despuntar la aurora del siguiente día, alumbrando con su apacible luz las elevadas cúpulas de los templos, una joven, vestida con el hábito de las esposas del Señor, oraba en el coro de un monasterio, postrada con modestia y humildad ante la imagen del Redentor crucificado . . .

Enrique é Isabel, expiando sus extravíos en el retiro de los claustros, encontraban un alivio á sus penas . . .

En medio del infortunio, no hay bálsamo más dulce para el mísero mortal que padece, como los consuelos de la religión.



JULIO Y ADELA.

Era una hermosa mañana de Abril: el cielo estaba limpio y despejado; gorjeaban las aves en los bosques, y se percibía el suave aroma del aura, que se embalsamaba al pasar por las florestas.

En una pieza contigua á un hermoso jardín, se hallaban jugando dos tiernos y graciosos niños. Era el uno una bella jovencita de agradable fisonomía, ojos azules y expresivos, boca pequeña y rubios cabellos; su traje era sencillo, pero de gusto. Esta niña se llamaba Adela; su hermano Julio, que era el otro niño, tenía casi las mismas facciones, con la diferencia de que su aire era más vivo y más picaresco que el de Adela.